



LA CITA

Cada tarde, en aquel otoño, sucedieron las cinco campanadas: cinco juces encendidas en la penumbra del atardecer. Resbalaban sobre el silencio espaciadas, lentas, abriendo en su ánimo una brecha de ilusión; eran como los peldaños de una escala luminosa por la que descendía hacia el cierto misterio de inquietud que le remozaba la sangre dormida. El reloj de pared, rimando sus horas al atormentado vaivén vespertino, fingía en son de preludio un suave carraspeo, y como temerario de enmudecer del todo, hacía perdurar su eco, tal en abejorro de bronce. Luego, simultáneas, ingravidas, oíanse las menudas pisadas femeninas a lo largo del pasillo, camina de una habitación cercana.

Su soledad de anciano, retenido por la convalecencia, tuvo vibraciones inefables. Solitario, por muerte de parientes y amigos, o bien por la resaca del egoísmo y del dolor, habiase refugiado en una cámara interna en el segundo piso de un hotel de barrio, el que, apartado de bullicios callejeros, ofrecíale el bálsamo de un aire de paz, el tibido resaca alfombras y cortinas. Esa paz turbia, morbosa, de las casas que se curan con de arañitas y polillas sutiles.

Para no estar solo, definitivamente solo, se rodeó de los vestigios del naufragio. Un espejo de consola, con ancho marco dorado, que reflejara los últimos candelabros del romanticismo; una cómoda panzuda, incrustada de fina taracea; varios lienzos oscuros, betuminosos, de figuras indistinguibles; sillas de pecho en medallón y arqueadas piernas de húsar; porcelanas pastoriles, con florecillas minúsculas. Y en medio de esta salsa antañona, su sillón de enfermo, recogido en la cabeza de plata en el cojín de raso y dándole sus brazos de caoba para sustentarlo, con el aspecto de un mueble nodriza. Sus piernas, que supieron andar por todos los caminos, resortes de su pasión, yacían ahora débiles y aletargadas bajo la manita de viaje, que le fingía pasajero de un tren inmóvil.

El primer tiempo, para quitar los ojos cansados de los libros predilectos, miraba tras la vidriera de la ventana hacia el patio de luz, mas la visión constante de unos tejadillos lejanos y el hollín de las cámbreas le ahuyentaron este deseo de expansión. La puerta, entornada, aunque le permitía ver tan sólo unos metros de pasillo, le brindaba mayores sugerencias. Y, burla burlando, comparó su vida estática con la de la ventana, y los años de mocedad y madurez le parecieron simbólicamente abiertos como aquella puerta: escape a la actividad y paso franco a las agitaciones del mundo.

Se volvió de espaldas a la ventana, con un fastidio de hosco regaño. La puerta poseía la movilidad de lo que va y viene. Entraban y salían por ella; se estrechaba en sus balientes con la realización de todos los impulsos. La ventana, en cambio — como él — era una puerta sin piernas. Inválida, entumecida, sin otra visión que la de sus ojos de cristal posados en aquel cuadro aburrido y monótono.

Vivió largos meses, anegado en las profundas aguas de su memoria. La vejez prematura, en caída vertiginosa, no le dio tiempo ni vigor para asirse de algún apoyo, y sintió que se hundía en mar sombrío y amargo, teniendo sobre la frente un cielo de anochecido. La resignación, el abandono de las rebeldías estériles, la visión de su propio rostro, pálido y mustio a flor de espejo, y el convencimiento de que la lumbre de la vida se coronaba en cenizas, le dieron paulatinamente, a trueque de esperanzas caducas, la cruz desvada de una pequeña fe.

Turnaron las aguas a su nivel, y el pasado resurgió como una isla flotante, trenzado raíces y hojarascas con esa vitalidad que yerta de lo que vuelve a la superficie después de la tormenta.

Cicatrizada la herida, sobrevino el deleite mínimo de las horas de sol, acariciadas por sus manos en el campo a jerezado de la manita de viaje. Para hacer saliva, esa dulce saliva que camela la garganta y quita la opresión del pecho, masticó los recuerdos, rumiándolos uno a uno, con fruición de avaricia, en la penumbra anchurosa de su soledad.

Mujeres y mujeres desfilaron en zarabanda de mariposas sobre el estovaje helado del espejo de consola; bulleron leves, con movimientos quedos de medusa, entre los búcaros de Saxe, iluminando la alcoba con sus fluorescencias de fuego fatuo. El viejo aventurero de amor adormilábase entre ellas, prendiendo una sonrisa en la comisura de los labios. Era la teoría inacabable, renovada siempre, de las mujeres de su vida. Estampas amarillentas de sol, retratos alterados, desvanecidos, que restaban como los contornos de un figurín. Extendía las manos con el propósito de retenerlas, pero huían, se esfumaban, deshaciéndose como muñecas de una pasta tan deleznable que, al menor contacto, esparcíanse en polvo.

Pronto los ensueños de su dormivela, dieron paso a una realidad que lo circundó de un halo de milagro. La sangre entibióse en el presentimiento de una mujer, el corazón se insufló en aires de perfume y los nervios endurecidos, mudos, como las cuerdas de un instrumento abandonado, estremecieronse con la vibración de las cinco campanadas.

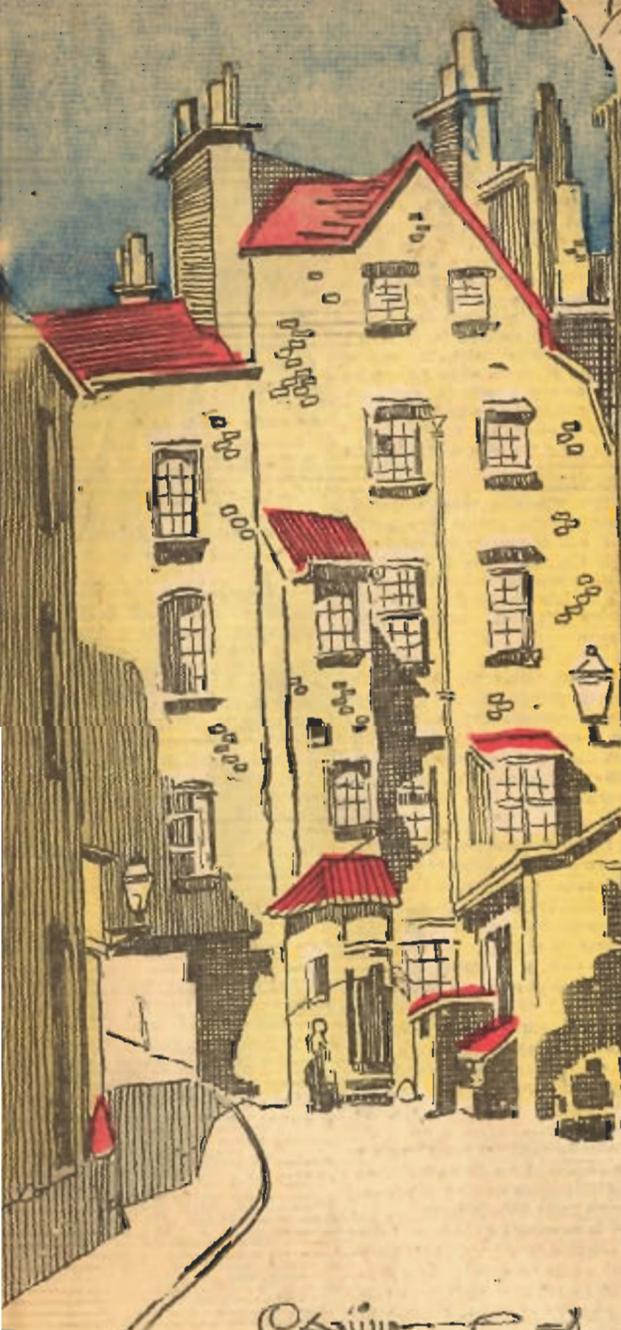
No tuvo pensamientos que lo llevasen a la estricta verdad. El se acomodó a una realidad acondicionada por él mismo, hecha de ficción y de ansia. El mundo no le ofreció otra amplitud que la de su alcoba y la del pasillo, extendida tal una vereda de esperanza frente al gran espejo de consola. Día a día, repitióse la escena maravillosa. Una, dos, tres... Las campanadas. (Un suspiro de inquietud le cortaba el aliento). Cuatro, cinco... Y el abejorro de bronce, sosteniendo el eco de la postrera!

Recogíase en sí mismo, y desde la obscuridad propicia de su habitación esperaba al anochecer. Los pasos: menudos, suaves sobre la alfombra. Era una mujer alta y rubia, de apariencia extranjera. La fue descubriendo poco a poco, fraguosamente, de una tarde en otra tarde, al pasar fugaz en dirección de un presunto amante. Acudía a una cita cotidiana en la vecina habitación, desde un hombre venturoso la esperaba con impaciencia. Pero él veíala primero, la poseía anticipadamente en el fondo del espejo. Él acariciaba con el resplandor de sus ojos agazapados en la sombra, alargando las manos en un vuelo anhelante. Se electró todo entero. Sentía el corazón abrotado, le latía la vida en los pulsos y era cual un viejo árbol que retoñase en hojas de primavera. Otra vez, el amor; otra vez, la divina inquietud de la mujer que pasa. Cerraba los ojos, y percibía más hondamente el rastro de sus perfumes. Sí, de sus perfumes, porque los renovaba a diario; era un jardín vivo y penetrante, impregnado en el cuerpo de la mujer rubia. Rosas, jazmines, violetas. Se volcaban en el ámbito con una fragancia de carne lozma y húmeda: lleva de muerto en lluvia.

En su inteligente codicia del momento, que como relámpago había de dibujarse en las tinieblas, decidió dividir sus emociones. Una tarde, espiaba aquel rostro, servelado bajo el sombrero. Tenía la intuición de unos ojos chros y de una boca encendida y carnal. Otro día, era el cuerpo flexible, esbulto, modelado en pieles y paños oscuros, avivándole la tensión de las arterias. Y, por último, sus pupilas húmedas, en pegajosa fidelidad canina, iban tras aquellos pectorales ágiles, calzados ya en gamuza o charol brillante, que dejaban ver el tobillo y la línea llena de la pierna. Era un delirio que se prolongaba a través del otoño. Mancha de sol, caída, tridente, sobre el cuerpo entumecido.

Cierta vez, desde el rincón, esperó la cita agitado por rara esperanza. Tenía el presentimiento de que le aguardaba una mayor ventura. Para

POR
EDGARDO
GARRIDO
MERINO



Osorio E. S.